

## LA OFERTA

—¡Quiero una entrevista con ese Buffalo Bill's de las narices!  
¿Es que ya no quedan periodistas de verdad en este periódico?

Eran las seis pasadas y la redacción del *Brusi* estaba en su apogeo, pero el exabrupto de su redactor jefe, el sexagenario señor Marco, se impuso con contundencia por encima de la algarabía habitual a aquellas horas de la tarde: un murmullo heterogéneo formado por la mezcla, a partes iguales, del teclear frenético de las máquinas de escribir, los gritos de los jefes de sección presionando para que se fueran cerrando páginas, y el rumor lejano de las linotipias ultimando las pruebas del número del día siguiente.

Aunque más de un veterano dejó de aporrear las teclas al oír el desplante, la mayoría continuó como si nada, no fueran a terminar pagando los platos rotos por meterse en huerto ajeno. Al fin y al cabo, que el señor Marco se desgañitase mientras revisaba la edición no era ninguna novedad. Quizás por eso, cuando escuchó aquel deseo, formulado a gritos en medio de la vetusta redacción del *Diario de Barcelona*, el joven Pol Vidal no se imaginó que lo que sucedería a continuación le iba a cambiar la vida.

No. Como suele pasar casi siempre que nos encontramos ante un momento realmente trascendente, Pol ni siquiera se dio cuenta. Estaba demasiado concentrado en terminar la columna de breves que el señor Marco, el auténtico motor del periódico, le había encargado por tercera vez aquella semana. Junto con las necrológicas, las gacetillas eran el trabajo más ingrato del que podía encargarse un periodista. Solamente se les asignaban a los que malvivían en los escalafones más bajos de la redacción. Pero para un muchacho que aún no había cumplido los dieciocho y que no había firmado

nunca un artículo, poder escribir aquellas cuatro líneas que otros despreciaban sabía a gloria. Y más aún comparado con tareas como hacer recados, repartir la correspondencia o ir a por cafés. Misiones todas ellas que Pol se había hartado de desempeñar desde que consiguiera poner un pie en la redacción del número cuatro de la calle de las Tapias y que apenas empezaba a dejar atrás. Fue su afán de destacar y hacerse un hueco cuanto antes entre los profesionales de verdad lo que le impulsó, sin parar de teclear, a levantar él también la voz para exclamar:

—En realidad es Buffalo Bill. En inglés, la «s» final denota posesión. Por eso su circo es el *Buffalo Bill's Wild West*.

—¡Un momento de atención, por favor! El señor Vidal tiene a bien compartir su sabiduría con nosotros. —Escuchó inmediatamente la respuesta de Marco en un tono de voz dos octavas más agudo—. Y, dígame, señor mío: ¿cuándo obtuvo usted la cátedra en la lengua de Shakespeare, si puede saberse?

Con miedo a haber metido la pata, el muchacho levantó la mirada del teclado de la Remington nuevecita. La usaba aprovechando que el redactor que la tenía asignada estaba fuera del edificio. Se encontró con los ojos intensamente azules de su jefe, que lo perforaban desde la distancia. Con las canas siempre perfectamente peinadas hacia atrás, la voz ronca y el ademán de sargento de la Legión Extranjera, el señor Marco —nadie parecía conocer su nombre de pila— pretendía sembrar el terror en la redacción, que aseguraba considerar de su propiedad, y de la cual, juraba, conocía hasta el último secreto. A la hora de la verdad, sin embargo, la ferocidad del veterano periodista era pura fachada. En realidad, se tomaba como un deber el bienestar de toda la plantilla, y se esforzaba en cuidar de todos y cada uno de sus miembros. Si creía que alguien no servía para aquel trabajo, que él consideraba tan vocacional como el sacerdocio o la milicia, procuraba encontrarle un puesto donde no se notaran excesivamente sus carencias y desde el que, a la vez, tampoco estorbaba demasiado. Y si, por el contrario, creía que alguien valía, se esforzaba en darle todas las oportunidades posibles para que lo demostrara. De manera que entre los periodistas del *Brusi* y su redactor jefe se había establecido un acuerdo tácito: uno fingía gobernar la nave con mano de hierro y los otros simulaban creerse que era,

de verdad, el negrero que pretendía ser. Así, con Marco permanentemente al pie del cañón —corría el rumor por la redacción de que el redactor jefe no pisaba la calle desde 1880—, el periódico llegaba cada día a los quioscos. Y a plena satisfacción de su director, el incombustible Mañé i Flaquer, quien se permitía el lujo de pasarse meses sin pisar la redacción, asumiendo las tareas de dirección desde su casa de Gracia. En lugar de quemar las horas en el periódico, el hombre, que durante años le había dicho qué pensar sobre lo que hiciera falta a la burguesía catalana, prefería pasear por las Ramblas la poblada barba blanca, la nariz de patata y el cuerpazo de arzobispo, orgulloso de dirigir el que aún se consideraba como el principal órgano conservador de Cataluña. Había rechazado cargos del calibre de Gobernador Civil de Barcelona. Por ese motivo, aunque secretamente, el viejo Mañé valoraba más el trabajo del anónimo Marco que las aportaciones mucho más vistosas que le habían hecho a la cabecera auténticas vacas sagradas de la prensa catalana, que él mismo había enrolado a lo largo de los años, como Duran i Bas, Coll i Vehí o Estanislau Reynals.

Y puesto que Marco pensaba que por las arterias de Pol corría la misma tinta espesa que por las suyas, había decidido presionar al muchacho más que a cualquier otro, seguro de que así sacaría antes a la luz al periodista que llevaba dentro. Por eso le observaba ahora desde el otro extremo de la hilera de mesas con una sonrisa socarrona bailándole en la comisura de los labios y una mirada desafiante en los ojos.

—Es que mi madre era escocesa —musitó Pol, simulando un espanto que sólo sentía a medias, pues, aunque aún era un novato, ya había empezado a tomarle la medida al redactor jefe—. Ella me enseñó inglés de pequeño...

—¿Y sólo porque su madre provenía del extremo septentrional de la Pérfida Albión cree usted que sabe hablar inglés, jovencito? —resopló el maestro de periodistas, divertido—. ¿Acaso ignora que, de entre todos los seres humanos del planeta, quienes peor tratan la noble lengua del Bardo de Stratford son, precisamente, los escotos? ¡Apañados estaríamos si confiásemos en los siervos de María Estuardo para aprender ese idioma! Ande, dedíquese a acabar lo que sea que esté haciendo y que no vuelva a oírle en lo

que queda del día. O le desterraré, *sine die*, a la sección de meriendas y piscolabis. ¿Me ha entendido?

Con miedo de haberse pasado de listo, Pol cerró la boca y se encogió todo lo que le permitía su elevada estatura sobre el teclado de la Remington. No le pasaron por alto algunas sonrisitas maliciosas de compañeros más veteranos, esos que se sentían amenazados por los jóvenes con ganas de abrirse camino y acogían con satisfacción indisimulada cada uno de sus resbalones. Trató de concentrarse en el trabajo, pero la rabia y la vergüenza no le dejaban. Las mejillas le ardían. Seguro que estaba rojo como un tomate. Y, encima, los dedos se le habían amorcillado de repente. Quizás se había excedido al pretender darle una clase de inglés a Marco delante de toda la redacción. Muy oportuno no había sido, desde luego. Aunque el viejo tampoco necesitaba tratarlo de aquel modo. Ridiculizarlo delante de aquella bandada de buitres había sido excesivo... Al fin y al cabo, no había dicho nada que no fuera cierto.

El muchacho se pasó la hora siguiente cuadrando las líneas y decidiendo si hacía falta un demostrativo aquí o si mejor prescindía de un adverbio allá. Al final, cuando estuvo seguro que ni *Lo Gaiter del Llobregat* habría pulido tanto sus versos como él sus modestas gacetillas, se levantó de la silla justo un momento antes de que el legítimo usuario de la Remington lo echara a bastonazos. Vio por una ventana que fuera había anochecido y, sabedor de que nadie le permitiría redactar ni una línea más, decidió irse a casa. Apenas se había echado la ajada bufanda al cuello cuando escuchó la voz cascada de Marco, llamándole.

—¡Vidal! Venga un momento, haga el favor...

Pol se quitó el abrigo deshilachado y lo devolvió a la percha. ¿Qué puñetas quería el viejo? ¿Acaso no había tenido suficiente con el repaso de hacía un rato que ahora se disponía a hacer leña del árbol caído? Si alguna vez llegaba a la cima, se prometió, jamás se ensañaría con los de abajo, por entronizado que estuviera. Con la bufanda aún al cuello, se acercó con aire de cordero degollado a la garita acristalada desde donde el redactor jefe dominaba su reino.

—Cierre la puerta y siéntese —le ordenó al entrar. El muchacho obedeció y, una vez frente a frente, Marco relajó la expresión

adusta que gastaba siempre que salía de aquella habitación y preguntó:

—¿Qué sabe de ese tal Buffalo Bill, Vidal?

Sorprendido por aquella pregunta a bocajarro, el joven, a quien no le pasó por alto la supresión de la «s» al final del nombre del americano, titubeó mientras respondía:

—Hombre... pues que está punto de traer su espectáculo a Barcelona y que...

Marco le apremió haciendo un ademán de impaciencia con la mano. Se llevó a la punta de la nariz las gafitas que sólo se ponía para leer de cerca y miró al chaval con severidad por encima de los cristales.

—Hijo, si quisiera saber lo que es *vox populi* no le hubiera llamado a mi despacho, ¿no le parece? Barcelona entera está empapelada de carteles anunciando su llegada. Y por si eso no fuera suficiente, esta tarde hemos recibido la visita del señor John Burke, el representante del espectáculo, que se ha gastado en anunciar su circo lo que nosotros le pagaremos a usted durante los próximos diez años. Suponiendo que consiga aguantar tanto de tiempo en la casa, claro.

»Cuando uno invierte tal suma en publicitar un acontecimiento, espera también que la redacción tenga un detalle y hable del tema. Y desde arriba me han pedido que en esta ocasión tengamos un detalle especialmente espléndido con los americanos. Por eso se me ha ocurrido que podríamos hacerle una entrevista al tal Buffalo, que es una cosa innovadora y supongo que además les gustará a los yanquis estos, quienes están considerados como los inventores del género. Además, creo que eso de escribir un artículo en forma de preguntas y respuestas a un personaje gustará a los lectores. El problema es que en todo este edificio no parece que haya nadie que hable ni una pizca de inglés. Y no espero que el señor Buffalo conozca nuestro idioma, ¿no cree? De manera que le vuelvo a preguntar, y, por favor, piénselo bien antes de responder: ¿qué sabe usted de ese cowboy titiritero?

Esta vez, Pol se tomó su tiempo antes de responder:

—Buffalo Bill, su nombre auténtico es William F. Cody, es, posiblemente, uno de los hombres más famosos del mundo. En América no hay quien que no haya visto la obra de teatro sobre

su vida o leído alguna de las novelas que narran sus aventuras y que escriben Ned Buntline y un tal coronel Prentiss Ingraham. Estos libritos quizás no hayan gozado de tanto de éxito en Europa, pero desde que el señor Cody decidió traer su espectáculo a este lado del Atlántico, su fama aquí también se ha hecho enorme. En Inglaterra tuvo como espectadora a la mismísima emperatriz Victoria. Y en la reciente Exposición Universal de París, su espectáculo ha sido el más comentado y el que ha atraído a más público. Dicen que todo el que es alguien en la capital francesa ha visto el show, y eso incluye al presidente de la República y a la reina Isabel de España, que, como sabe, ha elegido Francia como residencia en el exilio.

El señor Marco levantó una ceja, tomado por sorpresa ante aquel aluvión de información inesperada.

—¡Caramba, Vidal! Un poco más y se descuelga usted con un opúsculo sobre el tal Cody. ¿Se puede saber cuándo se doctoró en *Buffalogía*?

El muchacho no pudo reprimir una sonrisa ante aquella broma.

—Bueno, me he leído algunas de las novelas que se han escrito sobre él. Los fines de semana me gusta bajar hasta el puerto y pasear por los muelles. Está lleno de marineros que cambian todo tipo de objetos con la gente que se les acerca. Los americanos suelen ser los más proclives al trueque. Y tampoco hay tantos que puedan hablar con ellos en su idioma. Ya le he dicho que las novelas de Buffalo Bill son muy populares. He conseguido un puñado a cambio de un poco de tabaco o de un par de céntimos.

—¿Son buenas? —Otra vez Pol se sorprendió agradablemente al comprobar que su jefe le pedía la opinión.

—Son divertidas. Muy fáciles de leer y llenas de aventuras. Pero si quiere que le diga la verdad, aunque el autor lo vende todo como hechos reales, con testigos y verificaciones, yo me jugaría la paga que aún no tengo a que usa la imaginación tanto o más que el señor Jules Verne cuando relata su viaje *De la Tierra a la Luna*.

El señor Marco hizo una mueca de aprobación ante aquel juicio.

—Mire, Vidal... ya hace unos cuantos meses que pulula por la redacción y no he tenido más remedio que fijarme en usted. Y no se tome esto como un elogio, porque no lo es, pero se diría que

apunta maneras. Está más verde que un campo de lechugas, pero apunta maneras. En condiciones normales, jamás le encargaría un trabajo como éste a un pipiolo como usted. Pero estamos ante una situación extraordinaria y, tal como decía el filósofo: «a grandes males, grandes remedios». Dado que parece que tiene ciertas nociones de inglés y que, al menos, sabe quién es el personaje, le propongo un trato: consígame esa entrevista con Buffalo Bill y la primera vacante que quede en la redacción será para usted. Y si no queda ninguna en un plazo razonable, le haremos una a medida. ¿Qué me dice? ¿Se ve capaz?

Al oír aquella oferta, Pol tuvo que reprimirse para no levantarse de un salto y arrojarle al cuello del jefe de redacción. El trabajo no era sencillo, de acuerdo, pero el premio era digno del rescate de un rey: ¡nada menos que un puesto en la redacción del *Brusi!*

—¿Qué si me atrevo? ¡Vaya reservándome una página entera, porque después de leer lo que escribiré, vendrán a buscarme del *New York Times* para darme el puesto de Ned Buntline!

—No corra tanto, joven, que quién mucho corre, se la pega seguro. Primero demuéstreme que se merece ser redactor en Barcelona y ya tendrá tiempo de convertirse en el Cristóbal Colón del periodismo catalán. De momento, la próxima semana continuará haciéndose cargo de los breves que tiene asignados. Y le recomiendo que se dé un poco más de maña en redactarlos, porque me consta que el señor Gomis está hasta el gorro de encontrarle ocupando su mesa. Y ahora váyase a casa, que ya es tarde.

Todavía en estado de shock a causa de la conversación que acababa de mantener con su jefe, Pol se levantó de la silla y se dirigió hacia la puerta. Antes de traspasarla, se volvió para darle las gracias. Pero el señor Marco le estaba esperando y no le dio oportunidad de abrir la boca.

—No me lo agradezca todavía, Vidal, que no hay motivo. Y, sobre todo, no me decepcione, ¿quiere?

El muchacho asintió con la cabeza e hizo ademán de salir, pero la voz amenazante de Marco lo retuvo una vez más:

—Y, Vidal... la próxima vez que ose darme lecciones sobre el genitivo sajón en plena redacción, le prometo que le arrearé tal patada que se despertará en la cima del Tibidabo. ¿Me ha entendido bien?

Ahora le tocó al muchacho contener una sonrisa.

—Sí, señor... —musitó, fingiendo un pánico reverencial mientras se escurría fuera del despacho.

En la calle soplaba un viento de mil demonios. Mientras se envolvía el cuello con la bufanda demasiado fina, Pol escuchó a dos veteranos de la redacción que hablaban al tiempo que se subían los cuellos de los abrigos y se calaban con decisión los sombreros.

—¡Qué asco de tiempo! Dicen que este frío es justo lo que necesita la gripe para extenderse como una plaga.

—¡Bah! Ya será menos...

—No te equivoques, Gaietà —le contestó el otro muy serio—. La detectaron este mayo en Rusia y desde entonces ha hecho estragos en toda Europa. San Petersburgo, Berlín... ¡El otro día nuestro corresponsal en París escribía que sólo entre los empleados de los almacenes del Louvre hay más de cuatrocientos enfermos! Seguro que ahora nos tocará a nosotros. Y tal cómo está Barcelona, llena de torrenteras por las que sólo baja porquería y con tanta gente en las calles... Será como la filoxera, pero para humanos. ¡Ya lo verás!

—¡Te preocupas demasiado, Badía! Las páginas del periódico están llenas de remedios contra el dengue. Que si el *Pum*, que si la *Antipirina*... Una enfermedad con tantas curas no puede ser tan terrible como la pintas. No nos daremos cuenta y ya habrá pasado. ¡A mí lo que de verdad me preocupa es que me toque el gordo de Navidad!

—¡Dios te oiga, chico! Anda, hasta mañana.

Mientras observaba a ambos hombres irse en dirección opuesta a la suya, Pol no pudo evitar tomar partido en aquella conversación ajena. Si lo que había leído era cierto, aquella gripe, o dengue o *influenza*, como la denominaban algunos, era una epidemia de primer orden, mucho peor que la fiebre amarilla o el cólera que tanto temía la gente de la calle. La enfermedad en sí no era tan grave, pero se contagiaba fácilmente y dejaba al enfermo muy debilitado, a merced de cualquier otra infección, a menudo una neumonía,



que era la que le llevaba derecho a la tumba. Y por mucho que los periódicos hicieran su agosto en pleno mes de diciembre anunciando medicamentos milagrosos, la verdad era que en ninguna parte por donde había pasado la epidemia se había encontrado un modo realmente eficaz para combatirla.

Pero Pol estaba demasiado contento para dejarse angustiar ahora por el dengue. Era joven y estaba sano. Además, le habían encargado una entrevista con el hombre más famoso del mundo. Hablaría con Buffalo Bill y se le abrirían de par en par las puertas del principal periódico de la ciudad. ¡Se le abrirían un montón de puertas! ¿Se podía ser más feliz?

De camino a casa ni siquiera notaba el frío húmedo que escar-chaba el ambiente y empapaba la acera.